Un mundo de agua

Pedro Rubén Piñol García

Un mundo de agua

Pedro Rubén Piñol García

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Pedro Rubén Piñol García, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-66-0
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-15210-2024

A los sufridos y también anónimos habitantes del país, que con su esfuerzo diario hacen que esta sociedad funcione, que nutren las cifras de los registros y que son los verdaderos artífices de su progreso.

—¡Vaya belleza! —gritaban en la muchedumbre.

—¡No es la primera, ni será la última!

—¡La corona de la boda todo lo tapa, bobos!

—¡No, otra belleza como esta no la encontraréis, hurra! —gritaron los más próximos.

—¡Princesa! ¡Por una princesa como esta, vendería mi alma! —se puso a vocear un oficinista.

El idiota. F. M. DOSTOIEVSKI.

No sabemos, solo podemos conjeturar.

KARL. R. POPPER.

PRIMERA PARTE
(Cristina Ruiz, 1870)

I.

«Desde que era pequeña siempre he tenido una extraña relación con el agua. No ha sido con el agua más usual o corriente, es decir, la que utilizamos en la vida cotidiana, sino con la que tan generosamente se halla repartida en el mundo, como es el caso de los ríos, lagos y mares, porque esas enormes extensiones de líquido siempre me han llamado la atención de una forma subyugante.

»Debo confesar que, al principio, esos escenarios me daban mucha aprensión; en realidad, me producían un desasosiego terrible. Por eso, cuando paseaba por la playa con mis padres y observaba el agua de la orilla, nunca quería entrar en contacto con ella, cosa que la gente más moralista de aquella época consideraba como muy correcta para una mujer y, en consecuencia, como un buen proceso de aprendizaje para una niña.

»Afortunadamente, mi padre tenía una visión más moderna de la que imperaba en nuestra sociedad, y al igual que las hijas de los pescadores se bañaban en el mar y aprendían a nadar con sus hermanos, me incitaba para que aprovechara esa oportunidad de mojarme en el medio natural. Pero a mí el agua del océano, porque la que bañaba esa playa era de un océano, me producía pavor. De hecho, la veía como un medio hostil, de gusto desagradable por la sal que contenía, inacabable en su extensión y de una fuerza increíble que siempre hacía patente su determinación y poder. El caso es que también me pasaba con el agua de un río o de un lago, incluso con la de una pequeña laguna o la de una balsa de poca extensión.

»Como era un medio fuera de mi control, el agua me producía la sensación de querer engullirme y, al no saber nadar para oponerme a su poder, tenía miedo de ahogarme. Por este motivo, cuando era pequeña siempre me ponía fuera de su alcance. Me consideraba como

una chica de tierra y, en consecuencia, siempre intentaba ir a la montaña en lugar de la playa y patear el terreno, en vez de poner los pies en cualquier extensión de líquido que se encontrara ante mí. Pero un día todo eso empezó a cambiar.

»Mi gusto por el agua se inició de una forma casual, durante una excursión al campo. Fue al lado de un riachuelo que tenía que superar un pequeño desnivel de poco más de un palmo. Como el caudal era muy reducido, emitía un sonido apagado, pero muy delicado a la vez. Era una música agradable y constante, a pesar de que tenía diferentes intensidades y una cadencia de ritmo inusual que me pareció cautivadora.

»Aquella melodía fue como una revelación porque me incitó a descalzarme, levantarme un poco el vestido con ambas manos y, sin dudarlo siquiera, caminar hacia el centro del pequeño curso de agua. A continuación, me dirigí hacia el minúsculo salto que propiciaba el ligerísimo desnivel del terreno y, con las manos, intenté capturar un poco de aquel flujo transparente que, con cierta rapidez, se escurría entre mis dedos. Pero a pesar de que el agua huía, la sensación que dejaba era la de acariciarme los dedos. Ocurría lo mismo con la que se deslizaba por encima de los tobillos porque, como la corriente era muy floja pero totalmente perceptible, también notaba ese masaje tan suave del líquido que, sin haberlo supuesto nunca, me deleitaba.

»Desde ese día siempre me acercaba a cualquier flujo de agua y, como no sabía nadar, dije a mi padre que deseaba aprender a hacerlo, noticia que escuchó con una cara de evidente sorpresa. No fue él quien me enseñó, ya que sabía muy poco y nadaba dificultosamente, sino mi tío Ricardo, su hermano mayor, que había sido oficial de la marina mercante durante una gran parte de su vida. Con él aprendí mucho, pero todavía lo hice más con Simona, la hija de unos humildes pescadores que se movía tan bien sobre el agua como por debajo de ella. Al ser la única descendiente de sus progenitores, había tenido que salir con su padre a diario para ganar el sustento de la familia.

»En muy poco tiempo Simona vio al mar como un amigo, muy peligroso y colérico a veces, pero como un amigo a fin de cuentas; ello motivó que aprendiera a moverse por el agua como si fuera una sirena. Y la sirena me enseñó tan bien que yo acabé convirtiéndome casi en lo mismo porque la seguridad que antaño tenía al pisar tierra firme

se transformó en algo similar si me hallaba sumergida en el líquido elemento.

»A partir de esa etapa, mi miedo cerval hacia el agua se transformó en un amor extremo por ella ya que, con la habilidad que había asumido, me encantaba nadar en el mar, en un río, un lago o cualquier reducto donde hubiera espacio suficiente para dar unas brazadas. Además, esa pasión por el agua que había alcanzado no se limitaba a los espacios que he mencionado porque, con el tiempo, me percaté de que la apreciaba en otra manifestación de su presencia. Me refiero al agua que caía del cielo. Así pues, me encantaba la lluvia, ya fuera suave como una llovizna que todo lo alcanza, o fuerte con su intensidad envolvente y victoriosa; apacible en su ritmo y cadencia, o inmisericorde cuando la acompañaban los truenos y relámpagos, que asimilé como los buenos compañeros de cada tormenta. Ello me incitaba a coger el viejo paraguas que, por cierto, era el más resistente, y pasear bajo la lluvia, superando la prevención de mi madre que consideraba como una verdadera locura mi inclinación.

»También me gustaba observar los temporales que se abatían sobre el mar estando situada en diferentes puntos del acantilado, cuando las olas eran inmensas y chocaban contra las paredes de roca. Disfrutaba de su plasticidad y de su sonido, a la vez que comprendía aquello que Schopenhauer, el filósofo de Gdansk, dijo sobre lo sublime: que, aunque pudiera ser peligroso, superaba al concepto de belleza y podía producir tal placer estético al contemplarlo que nos acercaba a la esencia del mundo.

»Así pues, en mi remota juventud dejé de temer al agua para pasar a quererla, y afortunadamente ese elemento se convertiría en el gran refugio de aquella etapa de mi vida.

»A pesar de todo, ahora, que no sé si soy demasiado vieja o muy joven, a la vez que bastante más ilustrada por lo mucho que he aprendido, debo decir que, sin conocer muy bien el motivo, el agua, a veces, vuelve a producirme temor. Y ello no es debido a que tenga que nadar en el centro de una tempestad muy potente, ya que, como persona que estima el medio y conoce demasiado bien sus peligros, mantengo una prudencia aceptable. El miedo que, en ocasiones, me asalta, es algo que no responde a una causa concreta, pero que anida en la retícula más profunda de mi consciencia».

II.

«Meses atrás empecé a escribir estas notas sin un propósito claro, pero las inicié porque una fuerza interior me impelía a hacerlo. Tal vez por eso las voy redactando como si fueran pedazos muy fragmentarios de mi existencia. Sin embargo, es posible que hayan ejercido una función claramente benéfica en mi salud porque, desde que medito lo que pondré en cada hoja, noto que mis paréntesis de preocupación se han reducido y que mis noches de insomnio son más llevaderas.

»Con todo, mi situación actual no deja de ser una cosa molesta, en especial si tenemos en cuenta la gran tranquilidad de largas décadas de mi vida, principalmente desde que quedó atrás otro período de franco pesar. Una etapa que se convirtió en una verdadera tortura y que superé gracias a una acción singular de la suerte o de la diosa Fortuna. Sin embargo, ahora que me he percatado de ciertos detalles, empiezo a temer que esa inesperada bendición que alcancé también tuviera un aspecto negativo, si no para mí, para muchas otras personas, incluso demasiadas personas, me temo.

»Así pues, intentaré seguir un orden cronológico para llegar a mi más lejana juventud, la del origen, cuando me percaté de que el agua se había convertido en un medio muy querido del que casi no podía prescindir.

»En aquel tiempo estudiaba en la Escuela Normal para ser maestra de primera enseñanza. En realidad, hubiera deseado estudiar medicina o, en su defecto, algo vinculado a las ciencias naturales, pero en mi época la medicina estaba totalmente vedada a las mujeres. Lo mismo ocurría con el resto de las carreras salvo magisterio y letras, y como para estudiar filología tenía que ir a una población distinta, tuve que decantarme por la primera. A decir verdad, tampoco me supuso un sacrificio porque me gustaban y todavía me gustan mucho los

niños, por lo que incidir en su formación a una edad tan temprana me parecía una tarea hermosa y también importante.

»Al acabar magisterio, como gozaba de un buen expediente, pude elegir el centro donde dar clases y quedarme en mi ciudad de origen, cosa que hice durante tres cursos. Sin embargo, decliné esta posibilidad antes de iniciar el cuarto año y, en contra de lo que esperaba mi progenitora, dejé a mi clase de niñas y me fui a la capital del país.

»No me costó mucho convencer a mi padre del motivo que guiaba mi acción, porque lo que deseaba era matricularme en la facultad de letras y cursar la carrera de filología. Para ello, era necesario un permiso paterno por el simple hecho de ser mujer. Sin embargo, lo que fue fácil de lograr con él se reveló del todo imposible con mi madre, que no veía la necesidad de que una mujer estudiara y, mucho menos, que acumulara dos carreras como era mi intención. Y aunque le dije que la primera, a pesar de ser imprescindible para la educación de los niños y niñas, no dejaba de ser de un nivel inferior a la que pretendía cursar, ella no dio su brazo a torcer porque, de acuerdo con su visión, el estado natural de una mujer era estar casada y dedicarse al buen orden de su hogar, así como al cuidado de su familia.

»Antes de partir, mi padre puso a mi disposición todo lo que yo había ganado en esos años de docencia, así como un complemento que me asignó muy sonriente. El buen hombre había acumulado, con exactitud, lo que entregaba cada mes en casa, que era mi salario descontando una cantidad fija para mis gastos. Lo había hecho para que tuviera unos fondos y, además, sin que lo supiera mi madre, que a buen seguro se hubiera opuesto a tal medida.

»Recuerdo que el día indicado mi familia me acompañó a la estación con un aire dispar: por un lado, mi madre estaba bastante enfadada por mi partida, cosa que le hacía exhibir un semblante más rígido que de costumbre. En tal circunstancia, no paraba de pasearse por la sala de espera y el andén correspondiente, ya que, según anunciaron, el tren saldría con bastante retraso.

»En cuanto a papá, lució su sonrisa de mayor comprensión no hacia su esposa, sino hacia mí, porque aceptaba por completo la medida que yo había arbitrado. Aprovechó un momento en el que estábamos solos para decirme que, con la cifra que me había entregado, tendría suficiente para vivir mientras durara la carrera siempre y cuando

administrara el dinero con atención y buen tino. No obstante, añadió también que, si me hacía falta alguna entrega complementaria, se lo dijera al punto, pero de una forma confidencial para que mi madre no se enterara. La disculpó diciendo que ella tenía una mentalidad chapada a la antigua y que una chica moderna, decidida y responsable como era yo escapaba a su comprensión. También añadió que, a pesar de ello, su esposa de toda la vida no me quería menos, porque el afecto que me profesaba también era muy elevado.

»A decir verdad, yo no veía tan clara esa inclinación de mi madre. Sin embargo, creo que se había casado muy enamorada de él, y lo cierto era que seguía estándolo después de tantos años de matrimonio. De ello se derivaba un nivel de trato, comprensión y respeto hacia su querido esposo que, sin duda, estaba bastante lejos del que me dispensaba a diario. No obstante, le dije que su apreciación era cierta, y fuertemente reconfortada por la comprensión de la figura paterna, llegué con un cierto nivel de optimismo a la capital del país.

»Cuando cursé primero de carrera todos mis condiscípulos eran varones, salvo un par de muchachas que, como yo, rompían la uniformidad de la clase: Pilar, que era la más joven, tenía un porte aristocrático y excepto con los compañeros nunca habló con nosotras. A lo sumo nos saludaba con cierta displicencia y siempre pasaba de largo. En el colectivo de hombres había un par de claros admiradores que siempre revoloteaban a su alrededor. A menudo charlaba con ellos de una forma muy animada, aunque manteniendo la compostura.

»La otra condiscípula, que se llamaba Beatriz, se convirtió en mi amiga y batallamos juntas con la mayoría de materias que se daban en la casa. Como Pilar mantenía una distancia evidente respecto a nosotras, acabamos llamándola "la Duquesita" y pasamos a darle el trato alejado de la mayoría de nuestros condiscípulos, que eran excesivamente machistas y también muy burlones. Sin embargo, supimos encajar muy bien sus chanzas y bromas diversas mediante un dominio bastante sutil del reino de la ironía y de la metáfora. Ello ocurrió hasta el punto de darse un cierto cambio de tornas, motivo por el que su virulencia se atemperó y empezó a surgir una cierta amabilidad de paseo.

»Respecto a los profesores, eran demasiado mediocres, a la par que anclados en una visión ultramontana de la función femenina en el

siglo que corría y que ya estaba en su segunda mitad. Por eso los denominábamos como "las momias" y con tal designación los numerábamos. Así teníamos a la momia número uno, dos, y sucesivas. El único que mantuvo su nombre fue don Benito, un catedrático sobresaliente y la gran excepción de la casa.

»"La Duquesita" se casó a mediados del curso con el hermano mayor de uno de sus pretendientes y abandonó las clases. Se ve que la atención que brindaba a su seguidor inicial estaba motivada por otro objetivo: deslumbrar al hermano mayor, que ya era un político afianzado y de cierto prestigio. Cabe señalar que la ausencia de esta compañera en los cursos siguientes nos hizo ir más aliviadas porque, sin el menor atisbo de duda, era un elemento perturbador que enrarecía el ambiente.

»Así fueron pasando los cursos, con relativa pena y, a la vez, bastante gloria. Lo primero era debido a la escasa calidad de la enseñanza, y lo segundo porque iba acumulando un brillante expediente a pesar de mi condición de mujer, ya que los profesores parecían ser más exigentes con nosotras.

»Cuando acabamos la carrera, Beatriz, Bea para las amigas, regresó al norte del país de donde procedía y yo me quedé sola porque no había entablado una estrecha amistad con otras personas. La gente a la que conocía era de trámite, incluyendo también a las mujeres que pudieran tener una edad parecida a la mía, ya que todas estaban casadas y veían con cierta desconfianza a una soltera.

»A pesar de mi buen expediente, no conseguí trabajo para dar clase a los alumnos de primer curso de la facultad. El par de plazas vacantes se las llevaron dos condiscípulos debido a algo muy evidente: eran varones y, además, estaban muy bien relacionados.

»Al llegar a este punto de mi singladura, aconteció una de las peores tragedias de mi vida porque mi querido padre, al que tan unida había estado siempre, enfermó durante una epidemia de cólera y murió pocos días después. Tras el entierro, como mi madre alegó que la renta que le quedaba sería un tanto justa para las dos, le dije que no se preocupara por mí y que ya encontraría algo en la capital. Ello motivó que tuviera que abandonar la idea de hacer un doctorado que don Benito me habría dirigido gustosamente, en especial al no haber conseguido la influencia suficiente para que me contrataran de

profesora en la universidad. Cabe resaltar que la plantilla de su cátedra estaba más que completa, y en cuanto a las dos vacantes que eran de la competencia, no pudo incidir para solventar la cuestión. Él, al igual que las mujeres, también estaba sometido a una especie de cerco por parte de sus colegas de mayor ineptitud que, curiosamente, ocupaban los lugares más significativos de la casa.

»Como de momento no podría vivir de dar clases en la facultad, tuve que buscar trabajo en el exterior para mantenerme. Lo conseguí en un centro vinculado a una orden religiosa que, con sus exigencias, horario muy fraccionado e imposiciones de variado tenor, supuso dejar estacionado, al menos momentáneamente, cualquier proyecto de futuro que pudiera acariciar. Don Benito, que se hizo cargo con cierta rapidez de la situación, me sugirió que aguantara un cierto tiempo hasta que pudiera tener un trabajo más apropiado. Lo conseguí con su ayuda en una editorial de cierta importancia donde había publicado varios de sus trabajos y, a la vez, gozaba de un cierto ascendiente.

»Mi tarea consistiría en ser una especie de correctora literaria para los textos más novedosos que publicara la casa en el ámbito de la literatura e historia, no los de tipo más clásico y consolidado donde la única corrección que cabía efectuar era la tipográfica. Gracias a este trabajo pude empezar a hacer proyectos y ahorrar una parte del salario que cobraba. Ello era bastante importante de cara a tener un pequeño rincón para encarar mejor el futuro, cosa que me hizo feliz porque la simple posibilidad de contar con unos ahorros en cualquier momento difícil era algo muy apreciable. Por eso bendije a este puesto de trabajo que me había facilitado don Benito. Sin embargo, y más adelante aclararé el motivo de utilizar esta locución adversativa, también posibilitó que conociera al que sería mi esposo.

»Todo empezó por la urgencia que tenía un autor bien situado en la casa, pues mi jefe me pasó la revisión de un libro de derecho porque el empleado que debía efectuarlo estaba saturado de trabajo. Al entregarme las galeradas y el manuscrito, ya me anticipó que la redacción sería modélica porque el autor era muy fino de pluma y, en lo esencial, tan solo tendría que fijarme en los errores de imprenta.

»A pesar de que la mayoría de trabajos que había revisado hasta ese momento eran de muy buena calidad, me quedé con una impresión muy favorable al leer el texto recibido. Pero lo que más me afectó

fue el aspecto tan apolíneo que exhibía su autor. Ciertamente, la impresión fue tan intensa que conmovió lo más profundo de mi ser, y además lo hizo de una forma imprevista y avasalladora.

»Esa corriente interna que me subyugaba me mantuvo pendiente de su figura, rostro y la calidez de su voz: una voz varonil, pero amable, que irrumpía en el aire muy claramente y, además, con la precisión de un esteta. Debo confesar que a partir del momento en que tuvimos la primera reunión de trabajo sobre su obra, que fue bien escueta porque no superó los doce minutos, estuve más pendiente de la persona que me acompañaba que del texto en cuestión que debía revisar.

»El hombre que me había deslumbrado se llamaba Julián Lucevid y era un famoso catedrático de derecho penal que también contaba con un despacho de gran prestigio en la urbe. El personaje, porque su fama le había llevado a ese estadio, era muy bien parecido y poseía una elegancia indudable. Tanto era así que su aspecto se asemejaba más al de un dandi inglés que a un hombre elegante de nuestra capital. Además, su dominio del lenguaje era exquisito, y no solo a nivel de redacción porque, cuando hablaba, poseía tal corrección al hilvanar las palabras que se me antojó como una forma modélica de articular el discurso. También era amable y muy capaz en el trato con la gente diversa, ya que en los juicios actuaba muy bien con los diferentes personajes que subían al estrado. Era modélico cuando interrogaba y, al tiempo, muy hábil para desviar aquellos aspectos que pudieran erosionar la causa de su cliente.

»El compañero de la editorial que debería haber repasado la obra, y que justamente era uno de los veteranos de la casa, al ver la favorable impresión que me había causado el autor me explicó que tenía algún año más de los cuarenta que aparentaba y que había enviudado en dos ocasiones: la primera, de una joven aristócrata que tuvo un fatal accidente, y la segunda de otra joven de muy buena familia que, por desgracia, se había trastocado y murió poco tiempo después. También me aclaró que, a pesar de ese par de luctuosos acontecimientos que, teóricamente, debían alejar a las damas más influenciables o supersticiosas; la cosa discurría por el lado opuesto ya que, en la medida de lo factible, siempre se veía asediado por un enjambre de féminas de diferente procedencia y de muy buen ver.

»Cabe destacar que la expresión que había utilizado mi compañero me hizo sonreír, pero también llegué a pensar que no me extrañaba en absoluto porque el tal Julián era un varón digno de ser admirado.

»Cuando acabé de revisar su libro y comprendí que ya no lo vería en el futuro inmediato, y además en un entorno tan propicio como era el que había arbitrado nuestro trabajo, tuve una desilusión muy marcada que intenté disimular de la mejor manera posible. Debido a ello, mi corazón dio un salto cuando, siete semanas después, recibí una nota suya invitándome a ir a su domicilio privado para tratar la cuestión de otra obra que estaba escribiendo en la medida que le dejaban sus múltiples ocupaciones. Añadía que mi amabilidad e indulgencia con su libro anterior, así como la gran calidad de la tarea que yo había desarrollado, le incitaban a rogar mi colaboración nuevamente.

»Debo señalar que antes de asistir a la cita acordada estuve largo tiempo acicalándome de la forma más eficiente posible. Para ello pensé que debería ser muy artificiosa porque no tendría que notarse mi preparación, ya que deseaba exhibirme con la sencillez y naturalidad que siempre había mostrado y que tanto cuidé cuando nos vimos durante el trabajo previo a la publicación de su obra anterior.

»Me recibió con una amabilidad exquisita y haciendo gala de una inteligencia admirable porque preparó convenientemente el terreno, ya que era casi imposible percatarse de esta cuestión. Para lograrlo, dejó abiertas unas posibilidades que en realidad no existían, y estuvo pendiente de mis comentarios cuando, de hecho, no le importaban, ya que su verdadera intención no era tratar una nueva obra sino seducirme o, mejor dicho, acabar de hacerlo, pues ya estaba prendida en sus redes. Con todo, su seducción no era convencional porque no se canalizaba por el sendero de conseguir una amante o algo parecido. Lo que deseaba era conseguir a una mujer para desempeñar el papel que atribuía a una esposa. Y yo caí de lleno en la trampa que suponía ese papel.

»Cuando la obra, que ciertamente había empezado, dejó de ser el motivo esencial de nuestros encuentros, y un día, tras un corto período de salidas e invitaciones, me propuso matrimonio, creí ser la mujer más feliz del universo».